

Carta sin Dirección

POR MIGUEL MOLINA

Entre unos papeles viejos, atadas con unas cintas sucias y casi rotas, encontré unas cartas. No he podido averiguar quienes eran su autor y su destinatario. De entre ellas he escogido una. Al sacarla a pública luz, no me ha parecido oportuno introducir ninguna modificación, aún cuando no esté de acuerdo con algunas ideas expuestas; así se conserva original el pensamiento de quien la escribió. Dice como sigue:

«Ni te atemorices ni te acobardes. Tu problema no es insoluble, ni exclusivamente tuyo; también otros lo han tenido o lo tienen; es corriente, cotidiano. Lo que ocurre es que las cosas o los sucesos los creemos más o menos importantes, más o menos trascendentes, según su acercamiento hacia nosotros o la influencia que suponemos han de ejercer en nuestra vida».

«Todo hombre, al otear su futuro, al encaminar sus pasos, ya seguros y firmes, ya torpes y tambaleantes hacia lo por venir, piensa en el punto de llegada, en lo que pudiéramos llamar estación final de sus aspiraciones. Pero, apenas puesto en marcha, observa que el camino es duro y largo, que los días pasan y la distancia no mengua; tropieza con las rencillas o los intereses; cae en el bache

de las desilusiones prematuras; le frenan el cansancio y la pereza; le halagan y le distraen frívolos pasatiempos; y cuando logra sacudirlos y mira de nuevo hacia adelante, se asombra del corto espacio recorrido... Y, entonces, se sumerge en un modo de marasmo angustioso, a través del cual lo ve todo negro y en sombras; todo amargo y duro; la vida le pesa, y se nota impotente para combatir con ella. Una dolorosa sorpresa le circunscribe a sí mismo. La gente parece no sentir igual pesimismo, ni compartir tales fatigas. Se cree inferior a los demás. Sus desdichas, supuestas o reales, le abruman. ¿No es éste, quizá, tu problema?..»

«Desecha esos temores. Podemos salir del círculo que nos limita, forzando y rompiendo sus leyes, ni inmutables ni eternas, aunque al salir de él volvamos a entrar en otro, también circunscrito y también limitado. Es necesario vivir; y para vivir es preciso alimentar, en lo más hondo, sueños, ilusiones, anhelos por muy absurdos y dispa-

(Pasa a la página sexta)

6

Carta sin Dirección

(Viene de la página cuarta)

ratados que parezcan, pues cuanto más alto esté el objeto apetecido, más alto es el precio y mayor la grandeza de nuestro existir.»

«Siendo la vida lo mejor que poseemos, es, sin embargo, lo que con más liberalidad prodigamos para todo. Y lo admirable de esta dedicación vital, diaria y afanosa, casi siempre cruenta y dura, a una cosa, que si bien es capaz de colmar aspiraciones, nunca significa tanto como ella misma, nos redime y nos hace ser, en la humana pequeñez, sublimes. Bajo este aspecto, ¡cómo se ennoblecen las acciones! Porque ya no cabe hablar de egoísmo, cuando lo que damos a cambio de un deseo, de una supuesta meta final, son jirones de nosotros mismos.»

«Debes, sí, proseguir tu camino emprendido, sin dejarte caer en brazos de la inercia o del pesimismo. No importa que nunca se llegue a donde se esperaba; acaso sea mejor no alcanzar el fin, quedando a mitad de la distancia, percibiendo como brillo de lucero lo que tal vez solo sea pálida luz de viejo candil».

1 marzo 1954